



HUELLAS FEMINISTAS
www.huellasfeministas.com.ar



POCETOS FEMENINOS

LA NOVIA

ANDANDO por las calles de Buenos Aires es frecuente ver, frente a las iglesias de moda, una cantidad de curiosos y curiosas agrupados pacientemente en espera de la pareja que debe contraer matrimonio religioso, según lo delata el toldo a rayas colocado frente a la puerta mayor, y que algún espíritu travieso y mal intencionado encontraría parecido al que hizo nuestras delicias al compás de vivaces y bulliciosas músicas.

La gente quiere ver a la mujercita vestida de blanco, y ha formado una guardia de honor, a cada lado de la alfombra, que la está aguardando a la sombra del toldo.

Esta guardia de honor, como la que se aglomera en las aceras adyacentes e improvisada, en apariencias, por la curiosidad callejera, no es toda improvisada.

Unidades hubo que leyeron el anuncio de la boda y se apostaron de intento a la hora, para aquélla señalada.

Estas unidades son de distinta fuerza social: ya es la modista a quien le interesa ver de cerca los últimos modelos que lucen las damas del cortejo, ya la parlenta lejana y anónima que no ha sido invitada, ya el galán de un «flirt» de oportunidad, ya el curioso o la curiosa sin malicia, lejano «conocido» que se acerca a husmear.

La iglesia, mientras los de afuera aguardan amontonados, rebosa de gente invitada; un fino perfume mareea un poco la santa madera de las imágenes, los Cristos sangran lánguidamente su dolor de crucificados, y los nimbos metálicos reflejan las sombras de las mundanas cabezas.

Dios padre y Dios hijo mueven muy discretamente los ojos sobre la gente perfumada, pero ésta, que no ha entrado en el éxtasis necesario para advertir el disimulado movimiento de los divinos ojos, continúa indiferente y en voz baja los comunes chismecillos del noviazgo.

Las mujeres de vez en cuando, y ya con la voz un poco más alta, se hacen lenguas de la belleza de la amiga, y los más íntimos dan detalles, con cifras, del ajuar, mientras los hombres se abstraen en conversaciones de orden general.

Con frecuencia, por sobre el murmullo general, sobresale una expresión de refinado buen gusto: «es una monada», dicen con tal tono, que esta frase revela un elogio en superlativo.

Entretanto, el órgano, perdido acaso entre las nubes del artificial cielo, se vuelve inteligente, y ahoga la



HUELLAS FEMINISTAS

charla mundana con su llamado divino.

Se abre el cielo sobre los mortales en lánguidas y profundas notas litúrgicas, y al compás de ellas los blancos ángeles, envueltos en tules de oro, vuelan—que no bailan—la danza de la pureza, entre los espléndidos y perfumados bárbaros blancos.

El pasillo central de la Iglesia, bordeado de columnas blancas, copuladas éstas, a su vez, con canastitas de níveas flores de trapo, se ablanda ya como presintiendo el alado paso de la novia.

Pero la novia tarda.

Aumentan los curiosos callejeros y se inquietan, en el templo, los invitados.

Las mujeres vuelven impacientemente la cabeza hacia la puerta de entrada.

Media hora larga de espera ha agotado los últimos comentarios y un silencio de fatiga se sucede y mezcla a las cansadas notas del órgano.

De pronto, la música se suspende.

Suena una campanilla...

La novia va a entrar.

La gente que estaba sentada se amontona, de pie, en los bordes del pasillo central.

Otro campanillazo y la misteriosa cortina que mantenía cubierta la entrada se descorre teatralmente.

La novia aparece allí del brazo del padrino, y la marcha nupcial rompe vigorosa exaltando a los divinos y a los humanos.

Al compás de ella la novia avanza pausadamente camino del altar; un imperceptible temblor le agita los labios; está pálida y mira fijo sin ver. El blanco vestido la envuelve como un sueño, y desde la cabeza, cayéndole sobre los hombros, el delicado tul esfuma sus contornos, como si este tul fuera su propia alma, salida del cuerpo como un halo místico.

La gran cola, detrás de ella, prolonga reglamente su fina silueta y alarga ante los ojos femeninos aquella ilusoria encarnación del amor puro.

Trescientos, cuatrocientos ojos se mueven con ella en un no disimulado deseo de estar dentro de su vestido, camino del altar, seguida del elegante cortejo.

Luego, después de la ceremonia, cuando su brazo se apoya sobre el elegido, el halo místico y la cola pasan de nuevo ante las miradas femeninas, para perderse por la misma puerta, ya hacia el misterioso sendero de amor que la imaginación de las jovencitas, exaltada por el blanco vestido, borda de las más maravillosas y deslumbrantes piedras.

La novia ha pasado.

Sólo queda de ella una visión ultraterrena, inolvidable.

Para ello se han complotado la bóveda del templo, el perfume de las mundanas, el arte de la modista, la potencia lírica de una música y los dulces engaños de la imaginación.

Muchas de las que han presenciado el paso de la novia se casarían mañana aunque más no fuera que para atravesar, vestidas de blanco, un sagrado templo, y vivir así, varios minutos de agudo y divino romanticismo.

Pero algún hábil filmador de películas, en tren de buen humor, podría hallar un argumento representado por este título: «El vestido blanco, propaganda matrimonial».

TAG LAG.



HUELLAS FEMINISTAS